
Adrien CANDIARD, *La libertad cristiana. De Pablo a Filemón*, trad. Aníbal Díaz Gallinal, Madrid: Encuentro, 2022, 111 pp., 13,5 x 19, ISBN 978-84-1339-091-8.

El punto de partida de este pequeño volumen es la realidad de los abusos en el seno de la Iglesia católica. Candiard ve en la base de ellos una equivocada comprensión de la libertad cristiana, que ha conducido a formas equivocadas de paternidad espiritual. En ese sentido, el libro tiene una relación indudable con el que P. Syssoev, dominico como nuestro autor, acaba de publicar sobre esa cuestión, *La paternidad espiritual y sus perversiones*, en la editorial Sígueme. Para ofrecer una visión más adecuada de la libertad, Candiard se propone acercarnos a la brevísima carta de san Pablo a Filemón. Se trata de un testimonio de amistad a través de la cual el Apóstol invita al otro a tomar una decisión importante. Invita, pero no obliga, y de ese modo nos

muestra un rasgo fundamental de la libertad cristiana.

El texto se estructura en cinco capítulos y una conclusión. El primero de ellos describe la conversión de san Pablo, desde la actitud de quien quiere hacerse justo a sí mismo, cumpliendo la Ley, hasta quien ha descubierto el amor infinito de Dios y quiere responder a Él. El descubrimiento de Cristo significa para el Apóstol una auténtica liberación. En efecto, «no solo había sido liberado de la obligación de cumplir esa maraña innumerable de mandamientos, sino, sobre todo, de esa voz interior que le repetía: “si no lo logras, no vales nada y Dios ya no te amará”» (p. 38). En ese descubrimiento se origina una vida nueva: «Pablo va a hacer el bien, no porque tema al guardián del orden

divino, o busque merecer su amor condicional, sino porque desborda de ese amor que acaba de recibir en su corazón» (p. 39).

A continuación, Candiard ofrece una interpretación de la ley y del pecado que rechaza la visión –común y simplista– de un Dios arbitrario y castigador. En lugar de eso, propone ver los mandamientos como una indicación de la realidad de las cosas. «Dios no dijo a Adán y Eva: “Os prohíbo comer este fruto” sino: “el día que comas de él, tendrás que morir”» (p. 47). El castigo no es un capricho, sino la consecuencia natural de la acción. La obediencia a Dios es, por tanto, la obediencia a la realidad misma de lo bueno. Por ese mismo motivo, el único modo de hacer la voluntad divina es amarla. Esto explica el tono de la Carta a Filemón: Pablo «sabe también que si obliga simplemente a Filemón a actuar bien no habrá conseguido nada; es preciso que sea él el que lo quiera. Que reconozca el bien, en conciencia. Es algo que Pablo no puede hacer en su lugar» (p. 51).

El capítulo tercero ofrece una interesante visión de la castidad, que va más allá de su relación con la sexualidad. «Según la definición más clásica, la castidad consiste en amar en el otro, solamente a él mismo. Es amarlo por lo que es y no por lo que me aporte» (p. 61). Así pues, tiene que ver con una actitud del corazón, que se mueve por el bien que descubre fuera de sí. De este modo, Candiard puede llegar a afirmar que «la castidad es la verdadera “liberación sexual”» (p. 69). En efecto, «no se trata de que me pliegue a unas reglas arbitrarias, sino de superar la tiranía del sentimiento y del deseo, poniéndolos al servicio de un amor más grande, que les dé sentido y orientación» (p. 70).

El penúltimo capítulo describe el riesgo de las comparaciones con los demás y de introducir una lógica de cálculo en nuestra relación con Dios. Ahora bien, el Dios de Jesucristo no es como los antiguos dioses paganos, que esperaban un sacrificio

para ofrecer su protección. La dinámica cristiana es muy distinta. Como señala el autor, «el Reino de Dios que buscas no te será dado como recompensa de tus esfuerzos: ya te ha sido concedido como herencia» (p. 82). Se trata, pues, de descubrir la realidad de la Vida eterna en lo que tenemos ya entre manos; la vida eterna no es, pues, algo distinto de la vida cristiana, por más que ahora no tengamos más que incoada la plenitud de aquella vida.

Candiard se fija finalmente en Onésimo. Describe la fraternidad que propone san Pablo como una respuesta distinta de la habitual alternativa entre colectivismo e individualismo. Después, se detiene en la dinámica que inaugura la gracia en el alma: «Cuando la gracia entra en nosotros, se hace gratitud. Esto último no es reconocimiento, pues el reconocimiento no anula la deuda, sino, al contrario, la hace perenne. La gratitud es otra cosa. Es la alegría por el don recibido» (p. 102). De ahí conecta con el auténtico sentido de la Eucaristía, como acción de gracias.

En la Conclusión, el autor vuelve sobre la realidad de los abusos en la Iglesia. Recuerda, en definitiva, el carácter irrenunciable que tiene para ella la afirmación y la defensa de la libertad cristiana. Ciertamente, reconoce, la libertad que se nos ha concedido está llena de riesgos, sin embargo, «cuando la Iglesia deja de estar a su servicio, cuando cree tener fines más altos y más urgentes que esta liberación universal, ¿no corre un riesgo mucho mayor de perderse en lo incalificable?» (p. 108).

En definitiva, se trata de un volumen breve y que pretende llegar al gran público. Sin tecnicismos ni demasiados desarrollos, ofrece algunas líneas maestras que permiten recobrar una visión integrada y enriquecedora de la libertad cristiana.

Lucas BUCH
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.57.1.225